

La muerte de una erudición provincial, el drama de José Lezama Lima

Luis Bernal

Los intelectuales en América Latina así como los de otras regiones del planeta en vías de desarrollo, se han visto obligados a adquirir una cultura erudita y de alcances verdaderamente universales para ingresar a la élite cultural mundial. ¿A qué me refiero con esto?: quiero decir que para un intelectual perteneciente a las grandes metrópolis culturales y económicas del orbe, es suficiente abreviar solamente de la tradición cultural occidental o europea, a veces sólo nacional (en el caso de Francia, Alemania e Inglaterra, por ejemplo), para adquirir un sitio destacado a nivel mundial. Sin embargo, nuestros intelectuales se ven obligados a estudiar y a adentrarse en la cultura europea, además de la propia, y muy frecuentemente en la que es ajena a Occidente, como es el caso del Oriente o el Islam. Esto quiere decir que el soporte cultural de grandes escritores latinoamericanos como Borges, Paz, Cortázar, Fuentes o Vargas Llosa, es mucho más sofisticado que el de muchos escritores norteamericanos o europeos que, cuando atienden a las culturas de las zonas “periféricas” del orbe, no deja de ser con ese aire de explorador que penetra en las selvas del exotismo.

Traigo esto a relación porque José Lezama Lima es un claro ejemplo de esa solidez cultural universalista que ha caracterizado a muchos intelectuales de nuestra región. Lezama Lima posee, sin embargo, características que lo separan de aquellos literatos latinoamericanos que he mencionado, en el sentido de que él no experimentó el cosmopolitismo que también ha identificado a muchos de nuestros escritores. Lezama nunca salió de Cuba más que en una sola ocasión en la que fue casi obligado a viajar a México, estancia que además procuró que fuera lo más breve posible. No sólo no salió de Cuba, sino que la mayor parte de su vida vivió en la misma casa, caminó las mismas calles y frecuentó los mismos sitios de su entrañable Habana. Esto no impidió que su oficio lograra una calidad excepcional, pero sí propició que su literatura tuviera un tono y un estilo provincial que contrastaba de forma muy peculiar con la erudición enciclopédica que mostraba de manera constante a lo largo de sus escritos.

El marginalismo de Lezama provocó que su obra tuviera que ser ver-

daderamente “descubierta” por aquellos escritores de alcances multinacionales como Cortázar y Vargas Llosa. Un descubrimiento que además surgió cuando Lezama ya estaba en la etapa final de su vida. No obstante, ensayos de los autores antes citados y elogios a su poesía por parte de poetas como Octavio Paz, motivaron un interés europeo y norteamericano por la obra de Lezama, que le hubiera permitido trascender de la forma que ésta merecía y gozando él aún de vida. ¿Por qué no sucedió así?, porque el provincialismo de Lezama que lo ataba a su país, a su ciudad y a su barrio, hizo que el triunfo del Ejército Rebelde y la posterior radicalización del régimen castrista lo convirtieran en un intelectual cautivo, sometido a los atropellos a los que los gobiernos revolucionarios suelen someter a la vida cultural de sus países. Julio Cortázar, todavía en los años sesentas, atribuía el bloqueo intelectual que sufría Lezama Lima al bloqueo económico y político que Estados Unidos y la OEA habían impuesto a Cuba. Desafortunadamente, con el tiempo, veríamos que el peor bloqueo no sólo intelectual, sino físico y moral que sufrió Lezama Lima, se lo impuso el totalitarismo ideológico que comenzó a inundar al régimen revolucionario cubano, que además provocó que sus mejores promesas y realidades literarias tuvieran que huir al exilio para poder desarrollarse en el ambiente mínimo de libertad que requerían.

El control ideológico al que el gobierno castrista quiso someter a sus intelectuales puede consternar realmente a cualquiera que se detenga a estudiar los testimonios que estos escritores del exilio y otros testigos que lo vivieron han relatado y publicado. La narración que Jorge Edwards nos hace en *Persona non grata* de sus experiencias como diplomático chileno en La Habana, las remembranzas de Heberto Padilla en *La mala memoria*, las entrevistas a escritores en el exilio que recopila Nedda G. de Anhalt en *Rojo y naranja sobre rojo* y los ensayos de Cabrera Infante en *Mea Cuba*, son un buen material para darnos cuenta del grado de enajenación y de irracionalidad al que puede llegar el totalitarismo ideológico. La utopía devastadora que George Orwell nos expone en *1984* parece encontrar su “topos” entre las palmeras, la caña y la brisa templada del trópico. La vigilancia a que fue sometido el medio intelectual cubano a partir de 1961, año en el que Castro declara abiertamente el carácter socialista de la Revolución cubana y su credo marxista-leninista, provocó que incluso un hombre tan ajeno a los trajines políticos, como lo era Lezama Lima, se viera víctima de las intrigas y las acusaciones más inverosímiles en nombre de “¡La Revolución!”

En un famoso discurso que se difundió después con el título de “Palabras a los intelectuales”, a fines de 1961, Fidel Castro condenó a los mejores literatos y pensadores cubanos de entonces a vivir en la sumisión o en

el silencio, Lezama, escogió el silencio; el silencio público que es lo que cualquiera hubiera entendido después de esa pieza de retórica que Fidel les recetó. Nadie hubiera creído entonces que el silencio al que se estaban viendo orillados significaba silencio absoluto, total; es decir, también silencio privado, íntimo. ¿Por qué?, pues porque el aparato de la Seguridad del Estado sembró de alambres y micrófonos, cual hiedras invisibles, todos los sitios que frecuentaban los intelectuales más renombrados, y los no tan renombrados también. Así el Estado podría darse cuenta perfectamente de quiénes eran las mentes que podían representar una amenaza para él, y tal era la sutileza de los comisarios censuradores, que concluyeron que Lezama Lima padecía de “desviacionismo”. No obstante, el desviacionismo de Lezama no era ideológico ni político, porque no puede desviarse alguien de una ruta si ésta ni siquiera se ha transitado. Lezama no se enteró de que ya era comunista, no supo cuando comenzó a serlo, sin embargo se enteró que ya se había desviado y que había sido condenado a ser “no persona”. Así, literalmente, el gobierno y el partido declararon a Lezama, como “no persona”.

La paradoja trágica de Lezama es que el régimen comunista cubano comenzó a acusar también a sus escritores de “cosmopolitismo”, eso entonces era gravísimo: el nacionalismo de esos literatos estaba puesto en duda. En realidad a muchos de ellos no era falso acusarlos de cosmopolitas porque habían vivido parte de sus vidas en distintos países, especialmente europeos y se habían relacionado a su vez con esos ambientes intelectuales. La posibilidad de viajar y conocer otras tierras se las había dado el mismo gobierno cubano al enviarlos como diplomáticos a distintos lugares del orbe; eso fue un grave error del que el régimen castrista se percató a fines de 1961, o sea, que el enviar al extranjero a esos jóvenes y a veces no tan jóvenes intelectuales, había hecho que se contagiaran de esa grave enfermedad, el “cosmopolitismo”. Pero si alguien no padecía ese mal era Lezama, a él lo podrían haber acusado de cualquier cosa menos de eso. Y precisamente el no ser un cosmopolita, el no concebirse viviendo en un lugar ajeno a su calle de Trocadero en La Habana Vieja, fue lo que evitó que Lezama pudiera disfrutar en sus últimos años de libertad para escribir, y del reconocimiento al que era acreedor; peor aún: en su última década de vida, fue condenado a una forma tal de existencia que precipitó su muerte.

El desviacionismo del que quizá sí podía ser objeto Lezama de acusación fundamentada, era el de tipo sexual. Y esto es otro asunto que no deja ser digno de resaltar. La Revolución cubana además de muchas otras reivindicaciones de las que fue portadora, unas auténticas y otras que se le colgaron, se declaró como restauradora de los derechos de las minorías.

Como todo movimiento que intenta liberar a una sociedad o al menos liberalizarla, el castrismo se ostentaba como recuperador de los derechos de las minorías, aunque en realidad nada menores, como los negros y las mujeres. Sin embargo, con los homosexuales se aplicó una política de marginación, represión e incluso vejaciones físicas. Aquí enfrentamos otra paradoja. En las sociedades plurales o democráticas, los partidos políticos identificados como "progresistas" o de "izquierda", tienen dentro de sus principales características la defensa irrestricta de la libertad de pensamiento, de religión, de concebir la moral, de respetar las costumbres, y de decisión en cuanto al uso del cuerpo y el ejercicio del sexo; por ello se les cataloga como "liberales", y su contraparte serían quienes difieren con esto en mayor o menor grado, que serían los "conservadores". En este sentido, y en otros también, la Revolución cubana fue ultraconservadora al tratar de imponer una moral puritana, "moral revolucionaria", decían. Una moral que como todo conservadurismo que se respete no admite cuestionamientos, subjetivismos, laxitud, ambigüedad o desviación. La obsesión de unanimidad y uniformidad de las ideologías totalizadoras y sus consecuentes regímenes, no puede concebir excepciones y por tanto tiende de manera refleja a aplastar a todo lo que no se parezca a sus prefiguraciones. En algunos casos esto se traduce en "limpiezas étnicas" o en "holocaustos genocidas", que no es el caso cubano, porque la ideologización que generó su revolución no implicaba prefiguraciones raciales, aunque desafortunadamente sí contenía prefiguraciones morales. La teoría del "nuevo hombre" del Che Guevara en este sentido fue particularmente dañina. Así, el homosexualismo de Lezama, mucho más literario que práctico además, implicaba un desviacionismo respecto a esa moral impoluta que debía caracterizar al "nuevo hombre" surgido de la Revolución.

Otra característica de Lezama que da gran atractivo y profundidad a su literatura era su catolicismo. En su portentosa novela *Paradiso*, Lezama recurre constantemente a personajes y tramas mitológicas de diversas culturas, pero en toda la narración finalmente hay un trasfondo católico. Desarrolla su novela sobre una red de referencias a la vida y al pensamiento de santos, frases evangélicas y citas de textos de los exponentes de la patrística cristiana. En este sentido, Lezama seguirá siendo un escritor único por su manera de entrelazar sus indudables preocupaciones católicas y su erudición sobre mitologías y religiones diversas, junto con reflexiones profundas acerca del homosexualismo; disertaciones ontológicas, todas adaptadas a una realidad definitivamente americana, cubana, provinciana y pueblerina. Y todo ello, desarrollado en el más prodigioso barroquismo.

Paradiso, su magna obra, es así uno de los más vivos ejemplos de lo barroco americano, una novela de sobreabundancia, que abrumba al lector y que demanda mucho por parte de él. Podríamos decir, en dado caso, que Lezama es un escritor para escritores, pues sólo quien goza de una cultura sólida, quien ha escudriñado en los misterios más hondos y secretos de la escritura, quien ha pasado por la tormentosa agonía que implica el dar vida a las palabras, puede valorar en su verdadera dimensión esta monumental novela.

Paradiso parece ser el relato de una vida en el paraíso original, aquel donde las cosas no tenían aún nombre y esperaban la invención del verbo que las nombraría; en ese sentido, en *Paradiso* los personajes parecen inventar el lenguaje a través de la novela, hablan como no se habla. Hablar es la trama de la obra, la expresión oral, los monólogos, las reflexiones filosóficas, las citas eruditas, las metáforas interminables, las alucinaciones agobiantes, todo ello son los verdaderos personajes de la novela; no importa quién lo dijo, o por qué, sino qué se dijo y cómo y cuánto se dijo. Las palabras terminan siendo los personajes, terminan cosificándose y la verdadera trama acaba siendo el intento de ordenar, por medio de las palabras, un desorden esencial que permea a la novela, un desorden que es caos, el caos original, de donde surge la creación. Pero por otra parte, *Paradiso* también es el edén, porque es el lugar donde todos son verdaderamente iguales; en el paraíso de todas las religiones y literaturas las diferencias y las jerarquías se borran para vivir en una armonía total de igualdad. Así, *Paradiso* iguala a sus protagonistas también por medio del lenguaje. Todos hablan con una sofisticación y una erudición que envidiaría el más afamado literato. Todos sus personajes se expresan de esa misma forma, desde las sirvientas, la nodriza, la cocinera, la abuela, hasta el Coronel, José Cemi, Fronesis o Foción.

El paraíso que José Lezama Lima nos expone en su novela, es una ironía tal vez intencionada, tal vez inconsciente, tal vez casual, con respecto a la forma de vida que se estaba implantando en Cuba en esos años —los sesentas— durante los que escribió esta novela. Era una sociedad donde se quería implantar la igualdad a toda costa, una igualdad impuesta desde el Estado. La igualdad pretendida por el régimen era según los términos de la ideología que abanderaba, igualdad social, es decir, igualdad en cuanto a las condiciones materiales de vida y a las oportunidades para desarrollarse como individuo. Pero esa igualdad, para ser implantada tendría que pasar primero por la igualdad ideológica y moral. Es decir, según Castro y el Che Guevara, sólo en una sociedad con hombres de ideas iguales y de moralidad igual, podría darse una sociedad materialmente igual. En principio el razonamiento no parece ser errado, el fatal error era pensar que se

podían reproducir y duplicar tanto la moral como las ideas de los individuos. La más ingenua sensibilidad entendería que ello es imposible, pero para los dogmas totalizadores no hay hechos o realidades que no puedan ser modificados con tal de que encajen en sus presupuestos ideológicos.